

PRÓLOGO

Alain Daniélou fue tal vez uno de los pesimistas más alegres que haya habido en este mundo. Pese a estar convencido de que la humanidad iba degenerando inexorablemente hacia su destrucción, llevó una vida colmada de placeres y creatividad. Este libro explica la filosofía en que se apoyaba su vida, así como las posibilidades que ofrece el Kali Yugā, la Edad Oscura, a quienes sigan su ejemplo.

Charles Fourier, un filósofo francés anterior a Daniélou, afirmaba que el hombre se encuentra en la tierra para satisfacer, y no para negar, los deseos con que lo ha dotado el Creador. A su parecer, la civilización no es el resultado del progreso, sino un tremendo error, pues ha reprimido los deseos naturales en el hombre equiparándolos al mal. El hombre no será feliz hasta que no deje atrás la civilización y logre un estado social que Fourier denominó sencillamente «Armonía». Entonces todo el mundo vivirá para el placer, tanto el propio como el ajeno. Nada de lo que haga un adulto por propia voluntad estará prohibido, y la vida social quedará entre lo artístico y lo deportivo.

Daniélou estuvo muy cerca de hacer realidad el ideal de Fourier, al menos a un nivel individual. Prodigiosamente dotado en alma, cuerpo y espíritu, fue atleta y bailarín,

pintor y músico, yogui y filósofo. Se movía con igual soltura en la alta sociedad y en la más humilde. Aunque carecía de títulos académicos, llegó a ser toda una autoridad en hinduismo y etnomusicología. Lejos de esconder su homosexualidad, la celebró como marca de una élite espiritual.

En cierto sentido, Daniélou también fue un tradicionalista, pues compartió varios principios y opiniones con un grupo de contornos imprecisos que incluye a René Guénon, Ananda Coomaraswamy, Julius Evola, Frithjof Schuon, Titus Burckhardt y Marco Pallis. Como les sucedía a ellos, todos sus instintos se rebelaban contra el mundo moderno. Pero él desafió el dogma guénoniano según el cual nadie puede convertirse al hinduismo, ya que se ha de nacer en alguna de sus castas. En efecto, Daniélou sí se convirtió, y por lo visto su identidad shivaísta fue plenamente aceptada por los hindúes, con quienes vivió largos años.

Los shivaístas son devotos de Shivā, un dios cuya naturaleza no se ha explicado nunca en un lenguaje occidental (y puede que tampoco en uno oriental) de forma tan diestra como en este libro. Eso no significa que sea fácil de entender. Al contrario, resulta paradójica: es un dios de generación y éxtasis, pero también de destrucción y muerte. En una obra complementaria a esta (*Shiva y Dionisos*), Daniélou lo compara con Dionisos, el dios tracio de las orgías ebrias y las iniciaciones místicas.

En un plano metafísico, Shivā es el principio expansivo de la manifestación universal. Es el deseo primario de que haya un universo, en vez de ninguno. En la famosa imagen de Nataraja (Señor de la Danza), toca el tambor y baila para que el mundo exista. Pero todo lo que empieza tiene un final: la muerte es el precio de haber nacido. Por eso Shivā exhibe también el fuego devorador que acaba con dioses y hombres por igual. Entretanto, tal como reza el título del presente libro, los dioses «juegan»; lo hacen con

toda la libertad que su estado exaltado (que no supremo) les permite, y los humanos se cuentan entre sus juguetes. Si se les brinda el debido respeto, devoción y sacrificio, se puede obtener su gracia. Daniélou no habla en sentido alegórico: lo dice muy en serio.

Por otro lado, la sociedad —lo que Fourier denominaba desdeñosamente «civilisation»— no adora a Shivā sino a Vishnu, símbolo del principio de contracción, de la restricción y la ética del buen negocio. En la teología griega sería Apolo, dios solar del orden y la creatividad que brilla para los que jueguen según sus reglas. Las consecuencias son que «una moral del trabajo, la abstinencia, la productividad y el conformismo cívico tiende a reemplazar la moral del amor, el éxtasis, la felicidad, la libertad» (segunda parte, capítulo III, sección «La decadencia hindú»). Entre los representantes indios de la corriente vishnuísta, Daniélou nombra con desagrado a las ilustres figuras de Rammohan Roy, Vivekananda, Aurobindo, Tilak y Gandhi. Los iniciados shivaístas, por el contrario, se mueven libres, sin el peso de la familia o las posesiones. Son toscos y no tienen ley, son extáticos y poseen una gran carga sexual. Sus emblemas son el tridente y el falo, y los buenos ciudadanos los rehúyen por considerarlos locos y peligrosos. No es de extrañar que Guénon rechazara la invitación de Daniélou de presentarle a los hombres verdaderamente sabios de la India (véase «René Guénon et la tradition hindoue», de Alain Daniélou, en *René Guénon. Les Dossiers H*, ed. de Pierre-Marie Sigaud, L'Âge d'Homme, París, 1984, págs. 136-140).

Puede que los entendidos se sientan igual de incómodos durante la lectura de la primera parte del presente libro, en la que Daniélou cuenta la historia de la India en su versión revisionista y shivaísta. Emplea palabras combativas, y no cabe duda de cuál es su postura. Está a favor de los habitantes indígenas, los dravidianos de piel oscura, y en contra de sus invasores y opresores de piel pálida.

Estos se remontan a los arios, que llegaron al sur de la India procedentes de Ucrania en el segundo milenio a.C. y crearon la mayor parte de lo que se da por sentado que son la religión y la cultura indias. Daniélou está en contra de la religión aria que atesoran los Vedas, así como de la religión atea de los jainistas y los primeros budistas. Más aún: está en contra de «la ficción del monoteísmo», que «permite todas las tiranías» (quinta parte, capítulo I, sección «El monoteísmo»). La India arianizada lo padeció tras las sucesivas invasiones de los colonizadores musulmanes y cristianos. La idea de una religión fundamentada en un libro sagrado suscita en el autor un profundo desprecio: «Las religiones escritas («de libro») han sido uno de los instrumentos más eficaces para llevar al hombre a la decadencia durante el Kali Yugā, y las oligarquías urbanas, tanto religiosas como laicas, las han utilizado como instrumentos de dominación» (tercera parte, capítulo V, sección «Los libros sagrados»).

Estas opiniones pueden hacer que se relacione a nuestro autor con algunas de las tendencias intelectuales hoy en boga; nada más alejado de la realidad, como veremos.

En las partes tercera y quinta, Daniélou explica la visión del mundo que subyace al shivaísmo. Estos capítulos sirven para salvar el vacío conceptual que existe entre Shivā como principio metafísico y el comportamiento transgresor de sus devotos. Adoptan la forma de un curso acelerado sobre las distintas escuelas de filosofía hindú. Frente a los principios elevados, abstractos y unitivos del Vedantā, Daniélou prefiere con mucho el Sāmkhyā. Se trata de un sistema filosófico que explica dos de las cuestiones más espinosas del hinduismo: cómo lo Uno se convierte en lo Múltiple y cómo el yo percibe el mundo. La presentación por escrito, con sus numerosos términos en sánscrito, resulta bastante ardua, pero el lector descubrirá su auténtico valor en las acotaciones y digresiones de Daniélou. Estas revelan una cosmovisión que subvierte

algunas ideas preconcebidas: no solo dogmas occidentales como la primacía de la realidad objetiva y material, sino también las nociones supuestamente orientales de *karmā* y reencarnación. Contra lo primero, escribe: «En la concepción del Sāmkhyā, el pensamiento precede a la materia, lo sutil precede a lo concreto, la posibilidad precede a la realidad, y las leyes que rigen el universo preceden a sus manifestaciones, a sus aplicaciones» (tercera parte, capítulo III, sección «Las concepciones del Sāmkhyā»). Contra lo segundo, niega el ego permanente que se supone que renace para recoger las recompensas de su existencia anterior. Además, «el shivaísmo no acepta la teoría del *karmā*, porque limita la omnipotencia del ser divino, su derecho a la injusticia» (tercera parte, capítulo VI, sección «La reencarnación»).

Pese a que debía de ser consciente de que tales comentarios chocarían con las creencias de humanistas y religiosos por igual, Daniélou no perdía ocasión de enfrentarse a las concepciones bienpensantes. Y más allá de sacudirnos para que nos liberemos de la mentalidad colectiva, en él siempre subyace un mismo principio. Tomando un ejemplo extremo, defiende la práctica shivaísta del sacrificio humano porque disuade a los dioses de enviar calamidades mucho peores, como guerras y cataclismos.

En las partes cuarta y quinta, averiguamos las consecuencias personales y sociales de la práctica de una religión cuyo objetivo es la liberación en esta vida. Y de nuevo nos topamos con algunas paradojas. Los shivaístas eran, al parecer, grandes constructores de templos y escultores de ídolos; los arquitectos de las catedrales medievales y los francmasones son sus herederos. En cambio, en el plano personal hacen todo lo posible por escindirse de la colectividad. Sus métodos se basan en el cuerpo como microcosmos de arquetipos divinos y en las posibilidades que ofrece para alcanzar la trascendencia, en especial a través del sexo, las drogas y la música extática.

Daniélou nació en 1907, por lo que fue testigo de la revolución de los sesenta, en la que ve algunos aspectos espantosos, cosa que no es de sorprender. Pues, aunque defiende la absoluta libertad del individuo, sus normas sociales son muy estrictas. Acepta de buen grado todo tipo de actividad sexual, siempre que no desemboque en la concepción. Luego aparecen otras reglas, referentes a la responsabilidad del individuo de mantener la propia raza y casta, cuya integridad forma parte del plan divino: «La belleza, la riqueza de la creación reside en la variedad de las especies, en su pureza, su diversidad, su perfección» (cuarta parte, capítulo I, sección «El clan (*jâti*)»). Daniélou coincide con los textos antiguos que advierten contra la mezcla de castas y razas como presagio de la muerte de una civilización. En cuanto a las mujeres, mientras que elogia a las que practican el arte de la prostitución, menosprecia el supuesto ideal liberado: «La mujer moderna que quiere ser simultáneamente objeto de placer, madre y partícipe de las vanas actividades de los hombres es una anomalía destructora de la sociedad» (cuarta parte, capítulo I, sección «Las sirvientas de los dioses»).

Como el historiador británico Arnold Toynbee, Daniélou enfoca con ecuanimidad el auge y caída de las civilizaciones, pero va mucho más allá. Según la doctrina hindú, un importante ciclo histórico se está acercando hoy a su fin, y la humanidad entera está destinada a desaparecer. La primera parte contiene una exposición de la teoría que respalda este presagio, con una interpretación detallada del sistema de *yugâ* o ciclos universales. A Daniélou no le cabe ninguna duda de que nos estamos acercando al final del Kali Yugâ, las edades cuarta y quinta del ciclo, pero para justificarlo debe reducir, como hacen los demás tradicionalistas, la inmensa duración que dan de ella los *Purânâ* (por ejemplo, 432.000 años solo para el Kali Yugâ), de modo que encaje en los límites de la imaginación humana y las pruebas científicas. Así, nuestro ciclo actual ha

durado unos 60.000 años, y seguramente empezó con la aparición del hombre de Cromañón. El hombre de Neanderthal, cuya extinción no sabe explicarse la ciencia, perteneció al ciclo humano anterior, y habrá una nueva humanidad cuando la presente haya desaparecido por completo. Cosa que ocurrirá, dice Daniélou, hacia el año 2442.

Por algún motivo, los franceses son quienes más se han fijado en la teoría de los yugâ. Entre aquellos que calcularon su duración y sus fechas finales, se encuentran Guénon (*Formas tradicionales y ciclos cósmicos*), Gaston Georgel (*Les quatre âges de l'humanité*) y Jean Phaire (*Le cycle de l'humanité adamique*). Su escala temporal coincide a grandes trazos con la de Daniélou, aunque la obtienen mediante un método de cálculo distinto y como fechas finales del ciclo prefieren 1999, 2012 y 2030.

Tras comparar sus métodos y cálculos (que resumo en *Atlantis and the Cycles of Time*), confieso mi escepticismo ante tales profecías. La representación de Daniélou de los términos y cálculos de los *Purânâ* resulta ambigua en el mejor de los casos, y él mismo socava sus propios fundamentos con una de las tesis principales de su libro: la de que una humanidad no se destruye hasta que no ha agotado las posibilidades de su contribución al plan cósmico. En la primera parte ofrece la esperanza de que un retorno al shivaísmo logre impedir el día final, o que, «al menos, algunos individuos» puedan «escapar al cataclismo y participar en la formación de la humanidad futura y de la nueva edad de oro que debe aparecer tras el próximo diluvio» (primera parte, capítulo IV, «La vuelta al shivaísmo»). En otras palabras, la muerte de una humanidad, como la de un individuo, es inevitable, pero se puede lograr que los dioses la pospongan.

¿Cómo podrían tales grupos de individuos escapar al cataclismo? Es posible que el lector atento detecte de vez en cuando una corriente subterránea, excluida del discurs-

so serio del libro. Hay alusiones al fin, en un pasado remoto, de «una civilización de tecnología muy avanzada mediante armas extremadamente poderosas», que recuerda a las historias de los ocultistas sobre la Atlántida; a «lo que consideramos como visiones de seres celestiales o extraterrestres» y «la rapidez con que desaparecen», en clara referencia a los ovnis; o a «un mundo extraplanetario, tal vez aquel donde, hoy en día, ubicamos a los extraterrestres». Además, «es ahí donde algunos hombres hallarán refugio en la época de la catástrofe», del mismo modo que, al final del último ciclo, el arca del Manu Vairavata «habría sido una nave espacial en la que se habrían refugiado algunos supervivientes de la humanidad precedente». El hecho de que un hombre de la talla intelectual de Daniélou parezca abrazar la «antigua teoría astronáutica», conocida a través de las obras de Zecharia Sitchin y Eric von Däniken, ¿lo hace menos merecedor de nuestra estima o, por el contrario, prestigia dicha teoría? Esta es una de las muchas cuestiones controvertidas que plantea el presente libro. Hallen o no respuesta, y estemos o no de acuerdo con su autor, *Mientras los dioses juegan* deja una marca indeleble en la imaginación. Es un libro con tal carga de energía que me veo obligado a regresar a él una y otra vez.

Joscelyn Godwin

Mientras los dioses juegan